

LA PEQUEÑA CORRIENTES

Por. Juan Antonio Varese

jvarese@gmail.com



La calle Andes, antiguamente llamada *calle de los Andes*, a la caída de la noche se convertía en una fiesta. Por lo menos es lo que contaban los veteranos recordando sus tiempos mozos del 20 al 30 y lo que cuentan algunos memoriosos de las décadas del 50 o del 60, que quedan pocos. Las veredas comenzaban a hervir de gente, los comercios encendían las luces y las marquesinas, los automóviles se abrían paso a fuerza de toques de bocina y la gente iba y venía y volvía a venir como si no supiera a donde ir o quisiera estar en todos lados a la vez. Tanto era el bullicio, del que se sentían orgullosos los montevideanos, que la inspirada pluma de algún anónimo cronista la bautizó como la "pequeña Corrientes" en tímida comparación con la gran Avenida de Buenos Aires ensanchada en la década del 30, materialmente inundada de ríos humanos en la noche porteña, con un brillo y esplendor que nada tenían que envidiar a los bulevares o ramblas europeas. Oribe Pereira, uno de los personajes que entrevisté en el bar COCKTAIL, antiguo canillita y vendedor de billetes de lotería, recordaba en tono nostálgico, que "de madrugada la calle Andes tenía tanto movimiento como 18 de Julio a las 5 de la tarde". No es de extrañar, entonces, que más de 20 cafés, bares y confiterías, contados uno por uno, abrieran sus puertas y ventanas a lo largo de las cinco cuadras más concurridas, desde Soriano hasta la esquina con Uruguay. Y que existieran otros motivos de diversión y espectáculos de segura atracción en los dos teatros existentes, el URQUIZA (luego ESTUDIO AUDITORIO DEL SODRE) y el ARTIGAS en la esquina de Colonia y Andes. Y también un lujoso cabaret, que cambió tres veces de nombre, además de bowling, billares y locales de apuestas de carreras hípicas, todo lo cual le confería un aire cosmopolita para todos los gustos y acorde a todos los bolsillos. Comencemos entonces el listado y revisión de los cafés que daban a la calle Andes y su radio de acción, empezando desde el sur. En la esquina con Soriano, muy cerca del entonces

concurrido Mercado Central y de la calle Reconquista, vía de entrada y salida del "Bajo", otro mundo y otra gente pero sin olvidar que muchos la empezaban o la seguían en los cafés de la calle Andes. Entre Soriano y San José encontramos dos cafés dignos de mención, el COLON y el CERVANTES, ambos sobre la acera oeste. En la esquina con San José era factible encontrar hasta cuatro cafés, uno en cada esquina, pero muchas veces se producían cierres o reformas que respondían a rápidos cambios de dueño y hasta de nombre. Entre ellos recordamos EL PINAR, el PALACIO DE LOS SANDWICHES y el SAN ANTONIO, además de otro cuyo nombre hemos olvidado. En la acera oeste estaba la confitería DEL LEON, que ofrecía productos de calidad y disponía de un salón pequeño pero elegante donde la clientela femenina solía rendir homenaje al té de la tarde. Y donde las mujeres podían estar ajenas al público eminentemente masculino de otros lugares, en especial las divorciadas que encontraban un lugar donde lucir su independencia. Casi lindero estaba el cine MOGADOR, primero dedicado a películas de estreno y luego a filmes de corte pornográfico. Frente se ubicaba la pequeña y coqueta confitería SANTA ANITA, llamada luego ANDES y casi pegado el café y bar PALACE, con salida a la plaza Independencia. Enfrente abría sus puertas el café y bar COCKTAIL, al que nos referimos en Raíces de marzo pasado. En la esquina de Andes y 18 de Julio se encontraba el SOROCABANA, templo del café por excelencia con casa central en la Plaza Cagancha y dos sucursales, una en 18 y Andes y la otra sobre 25 de Mayo y Misiones. La sucursal sobre la calle Andes, en la planta baja del palacio Salvo, ocupaba el mismo lugar que antes ocupara el café NUEVO y luego LA GIRALDA y ofrecía tres entradas: una por Andes, la otra por 18 de Julio y la tercera de frente a la plaza Independencia. Sus grandes ventanales, que recuerdo con gran nostalgia por haber sido habitué, coincidían con pequeñas mesas con tapa de mármol grisáceo y butacas de cuero verde oscurecidas en casi negras por el paso del tiempo y el uso constante. El público era más cosmopolita y de paso pero también tenía sus clientes fijos y sus tertulias de socios del Cine Club y de corte político, dada la cercanía de la Casa de Gobierno.

Una vez cruzada 18 de Julio, la calle Andes redoblaba sus luces en las cuadras siguientes. Sobre la acera este teníamos tres cafés, apenas separados unos de otros: el primero chicuelo y discreto, LA MONEDA, llamado después BARACOA, el otro LOS VETERANOS y finalmente LAS CUARTETAS, este último también con entrada por la plaza Independencia, café al cual nos hemos referido en el número anterior de Raíces. En la planta alta pero con entrada independiente se encontraba la confitería MADRID, famosa por las especialidades españolas que ofrecía. En la vereda de enfrente había dos cafés para diferentes públicos y exigencias. Uno angosto y oscuro, el YO-YO, curioso nombre en alusión al alfajor de Conaprole y el otro el ARTIGAS, en la planta baja del teatro. Puerta por medio se encontraban las ventanillas del SPORT, dependencia del Jockey Club donde era posible apostar en las carreras de Maroñas y Las Piedras. El público jugador era muy característico, rondando siempre y dando vueltas en espera del dato "posta", mientras consumían cigarros y farfullaban entre dientes con todo el mundo, pero diseminándose luego por los cafés vecinos antes o después de formuladas sus apuestas. En la esquina destacaba el soberbio edificio del TEATRO ARTIGAS, con lujosa entrada de escalones forrados en felpa roja y dentro del mismo edificio, en la primera planta, el cabaret CHANTECLER, uno de los más lujosos y concurridos del medio, a los que dedicaremos un próximo capítulo. En la acera de enfrente, haciendo cruz, se encontraba el bar EL AVION, llamado así por las oficinas de Aerolíneas Argentinas, que se encontraba enfrente, hoy transformado en el bar MADISON, uno de los pocos que subsiste. También entre Colonia y Mercedes se distribuían varios negocios para atender otras preferencias. La popular Lechería y Chocolatería SPORTMAN era concurrida por un público más familiar, donde podía degustarse un soberbio chocolate a la española en largos vasos humeantes. **Enfrente, sobre la acera este, se encontraba la confitería LA MALLORQUINA, una de las más elegantes y concurridas de la ciudad. Recuerdo haber sido cliente habitual durante años, gustando de disfrutar del café después del almuerzo en un entorno tranquilo de madera y música suave. Muchas señoras y madres con niños completaban la clientela en horarios vespertinos, pero de noche se llenaba de una concurrencia más versátil para presenciar espectáculos con orquestas de tango y música tropical.** Y en la esquina el café y bar CASTRO aunque en otras épocas supo llamarse GRAN CASTRO, boliche muy concurrido tanto de día como de noche; era el preferido de los artistas y parroquianos que concurrían al Estudio Auditorio. Luis Grene, cronista montevideano al que nos hemos referido en más de una oportunidad, recordaba haber visto a las bailarinas de ballet ensayar algunos pasos utilizando las mesas como apoyo y ensayo antes de empezar el espectáculo. Luego de cruzar Mercedes el movimiento de la calle Andes mermaba un poco. Con todo, a la mitad de la cuadra, sobre la acera de enfrente, abría sus puertas el café y bar BOSTON, largo, profundo y oscuro pero siempre lleno de gente. Era como un gran recipiente con el mostrador al costado, en cuya parte trasera se repartían varias mesas de billar donde varios grupos se turnaban para demostrar sus habilidades con la carambola. Solían organizarse campeonatos, donde se jugaba a veces por dinero y otras simplemente por el honor. Pasada la calle Uruguay el movimiento terminaba como por encanto. Queda solo un café más a destacar, en la esquina de Andes y Paysandú. Un café con nombre muy curioso, el QUITAPENAS. Para encontrarle una explicación recurro a una anécdota de mi tío El Rubio, nacido en 1908, y fallecido en 1997, con casi 100 años. Vivió aquellos tiempos con la fuerza de la juventud y lo revivió en su madurez con la memoria y la nostalgia de los tiempos idos. Muchas veces le pedí que me hablara de aquellos tiempos porque me daba cuenta de que había sido un testigo de primer orden de aquella época. Solía en tono de broma contar el porqué de este nombre. Decía que los desafortunados en el amor o perdedores en el juego, una vez salidos del teatro, el cabaret o los boliche solían buscar una compensación culinaria. Y se desquitaban con el estupendo puchero a la española que servían en el QUITAPENAS, preparado por los propios dueños.

FUENTE: Revista Raíces N° 146 / Diciembre 2012

www.raicesuruguay.com